

## **Jorge Lafforgue, *Cartografía personal. Escritos y escritores de América Latina* Buenos Aires, Taurus, 2005, 432 páginas.**

¿Cómo delimitar una cartografía *personal*? ¿A partir de qué gustos, placeres, distancias o estridencias se construye un mapa, un recorrido anclado en la primera persona que enuncia? *Cartografía personal. Escritos y escritores de América Latina*, del gran crítico, docente y editor Jorge Lafforgue, pone en escena los vericuetos, los placeres y las dificultades de este trazado, proponiendo un texto de gran complejidad que entrelaza géneros diversos, memoria y reescritura. La apuesta presenta, en la estructura misma del volumen, en la selección de trabajos, en la interpolación impiadosa sobre la propia escritura, la radicalización de una concepción de la crítica como trabajo en constante desarrollo. Y de su relación ineludible con el trabajo periodístico y editorial.

Ante los ojos del lector se despliega —bajo la forma de apéndices, advertencias, explicaciones diferenciadas gracias a distintas tipografías y formatos—, la constitución de una voz plural, construida en una tensión pasado-presente que es conversación con el lector, explicación y relectura. Quizás aquí se encuentre una de las facetas más destacables de este libro singular: en la constitución compleja de la enunciación y la autoría; en la siempre amable y nunca condescendiente relación con el lector. Sin jactancias, con verdadera pasión crítica, *Cartografía personal* despliega reflexiones, recuerdos, polémicas, retratos. Configura entonces un lugar agradable para la lectura, aunque no cómodo. Esa incomodidad, propuesta ya desde la extrañeza de la forma y la multiplicidad de miradas presentes en cada apartado, es también una generosa, gozosa y perturbadora intervención cultural.

El libro está estructurado en cinco partes, de extensión y funcionamiento variables. Secciones a lo largo de las cuales, como señalara Sylvia Sáitta en su reseña a este volumen, se despliega “el paulatino avance de una primera persona que comienza dando voz a otros y se asume plenamente en las últimas páginas” (“Ruptura y continuidad”, *La Nación. Suplemento Cultural*, 28.08.2005.) La apertura, titulada “Primeras historias. Palimpsestos”, apuesta a la contundencia de los nombres: Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Jorge Amado. Más allá de eso, concibe también a la entrevista como una forma destacada de la crítica, donde la figura de quien pregunta guía el diálogo con ironía, delicadeza y ánimo incisivo, desplegando la constitución de una voz autoral a partir de la admiración, la lectura y la apropiación de la ciudad. Asimismo, estos tres nombres anticipan otra noción fundamental en el texto: el mapa de la escritura en América Latina, donde la poesía siempre está presente y donde Brasil ocupa un rol destacado.

Esta idea de lo latinoamericano se despliega de modo extendido y contundente a lo largo de todo el libro, entrecruzando reflexiones sobre el *boom* de los años sesenta con la relación entre literatura, compromiso y política; la preferencia de la mirada crítica sobre ciertos géneros (la narrativa) en detrimento de otros (la crónica o el artículo periodístico); los derroteros polémicos de escritores admirados —Vargas Llosa como caso paradigmático—. Por supuesto, aquí también cobra especial importancia el humor, el relato de los comienzos en la crítica y en el periodismo cultural; el recuerdo de un joven Lafforgue que frecuentaba a Borges y que convoca esas anécdotas, años después, con destacable pudor; la concepción de la escritura borgeana que insinúa una perspectiva sobre la escritura como “un constante desafío, incluso contra sí misma (contra sí mismo); un duro y lúcido aprendizaje” (p. 35).

El apartado titulado “Palimpsestos” despliega una revisión de la crítica, cuya inclusión está basada en “una reivindicación afectiva, estrictamente personal” (p. 61) pero que excede lo autobiográfico para plantear un interesante contrapunto entre la crítica de los setenta y los años posteriores, o las referencias a dos proyectos colectivos fundamentales: los cuatro volúmenes sobre la nueva novela latinoamericana diseñados por el mismo Lafforgue y, de la mano del Centro Editor de América Latina, *Capítulo Argentino* (luego *Historia de la Literatura Argentina*) y su versión ampliada y modificada, dirigida años después por Susana Zanetti. Estas experiencias permiten desplegar nombres fundamentales ya en ese entonces y en la actualidad: Beatriz Sarlo, Eduardo Romano, Jorge B. Rivera, Ricardo Piglia, Andrés Avellaneda, Ángel Núñez, Noé Jitrik, Nicolás Rosa, la misma Susana Zanetti, así como referirse al ejercicio de la crítica, la selección y la edición como una actividad de intensa impronta política y como un acto de resistencia cultural. Y aquí se agrega otra apreciación fundamental, vinculada a la trayectoria de Lafforgue: la relevancia que se le otorga al rol del editor; el conocimiento aguzado de su impronta; lo ineludible de este oficio (y su sensibilidad) en la constitución de literaturas y bienes culturales.

Estas secciones convocan también un tema que se revela crucial y que aparece, en distinta medida y extensión, a lo largo de todo el volumen. Se trata de la vinculación entre crítica y periodismo, entre reseña, ensayo, entrevista, conferencia, artículo... Modos y formas de la escritura desplazados o enfatizados en función de valoraciones que el autor no se cansa de fustigar, con justificados y dúctiles argumentos. A la pregunta ¿qué es la crítica literaria; cuál es hoy su sentido?, *Cartografía personal* responde articulando una apuesta hacia la

revisión de fundamentos y presupuestos, proponiendo una “lectura consecuente e intensa de la narrativa argentina” (p. 172) y latinoamericana, apostando a la tradición de entrecruzamientos y religaciones que, con mucho acierto, Lafforgue lee ya desde el Modernismo y, en especial, en otra figura rectora que se asoma en varias páginas: Rubén Darío.

A medida que el libro avanza, en especial en las secciones “Umbrales” y “Caminos compartidos”, se acentúan los diálogos y los retratos; zonas donde se vuelve a dar la voz a los otros, no tanto como cita de autoridad sino como exhibición de un diálogo, del derrotero de un pensamiento entendido en términos de coincidencias, polémicas y cruces. Por supuesto, también hay espacio para la nostalgia, el afecto y cierta melancolía bien planteada y mejor desarrollada, en especial en la cuarta sección, donde se trazan los retratos de León (Sigal), Germán (Rozenmacher), Carlos (Correas), Oscar (Masotta), Ángel (Rama). Aquí, nuevamente, el paratexto brinda una clave de lectura ya que los apellidos se colocan entre paréntesis para exhibir el nombre propio y, por tanto, el lazo de amistad que sostiene la memoria en su escritura.

De este modo, problemas, temáticas, preocupaciones se articulan y despliegan, con distintos tonos, a lo largo de todo el volumen. La narrativa argentina en la dictadura; la constitución y definición de una literatura latinoamericana; el boom y la nueva novela latinoamericana; la relación entre literatura e industria cultural; el problema de los géneros (con especial atención, por supuesto, al policial y la literatura fantástica); periodismo y literatura; distintos modos de la escritura y de la crítica... Entre el comentario, la descripción, el análisis y la polémica —siempre incisiva pero nunca agresiva, no exenta de acertados momentos de humor e ironía— se despliega un acercamiento original hacia la literatura latinoamericana. En ese sentido, la fuerte impronta de la literatura nacional (o rioplatense) no impide la atención sobre la literatura en el marco continental, que Lafforgue conoce muy bien. Se leen con alegría y con placer las páginas sobre Julio Ramón Ribeyro, Vargas Llosa o José María Arguedas; las referencias a Tomás de Mattos (que, desde el epígrafe que abre el libro, indican con claridad el camino de una lectura posible y el énfasis en ciertos territorios); las notas sobre publicaciones fundamentales como *Marcha*; el énfasis en el trabajo de brillantes críticos latinoamericanos: Antonio Cornejo Polar, Ángel Rama, David Lagmanovich, entre muchos otros.

Algunos de los textos que aquí se presentan fueron, como dice su autor, “elaborados a partir de los borradores de una noche” (p. 171), otros, más extensos o morosos —o quizá más reescritos—, exhiben las marcas del paso del tiempo, los cambios de posiciones, las tensiones pasado-presente que el libro no elude sino que convoca con clara decisión. Todos ellos contribuyen a una descripción variable, tan afectuosa como impiadosa, del campo cultural argentino y latinoamericano, en una escritura que apuesta al diálogo, a la revisión, a los meandros de una crítica sin jactancias ni autocomplacencias.

**Valeria Añón**